

—¡El, que ha votado la muerte de Luis XVI en el caso de que el ejército de Condé entrase en Francia, y si no la reclusión perpetua! dijo la condesa de Cinq-Cygne.

—¡El, que sin duda ha aconsejado la muerte del duque de Enghien! exclamó Pablo María.

—Ya lo sé, exclamó el marqués, y si queréis recapitular sus títulos de nobleza, decid que él empujó á Robespierre para hacerle caer, cuando vió que los que se levantaban para derribarle eran los más fuertes; decid que hubiera hecho fusilar á Bonaparte si el 18 de brumario hubiese abortado, que hubiese traído á los Borbones si Napoleón vacilase, y que el más fuerte le encontraría siempre á su lado para darle la espada ó la pistola para rematar al adversario que inspira temores. Pero todo esto son razones de más.

—¡Qué bajo hemos caído! dijo Lorenza.

—¡Hijos míos! dijo el viejo marqués de Chargebœuf, cogiendo á los tres por la mano y llevándolos hacia un prado cubierto entonces de una ligera capa de nieve; vais á irritaros escuchando el consejo de un hombre prudente, pero yo estoy obligado á dároslo y he aquí lo que haría en vuestro lugar: tomaría por mediador á un anciano como yo, por ejemplo, y le encargaría que fuese á pedir un millón á Maligno, á cambio de una ratificación de la venta de Gondreville... ¡Oh! tened la seguridad de que consentiría en ello y de que guardaría el secreto. De este modo, tendríais cien mil francos de renta y podríais ir á comprar otra tierra á algún rincón de Francia; dejaríais que el señor de Hauteserre administrase Cinq-Cygne y echaríais á la paja para ver quién había de ser el marido de esta hermosa heredera.

Pero las palabras de un anciano en el oído de los jóvenes son como las palabras de los jóvenes en el oído de los ancianos: un ruido cuyo sonido no se percibe.

El anciano marqués hizo seña á sus parientes de que no quería recibir contestación y se volvió al salón, donde estaban ya el abate Goujet y su hermana, que habían llegado mientras duraba esta conversación. La proposición de echar á la paja la mano de su prima había irritado á los dos Simeuse, y Lorenza parecía disgustada por la amargura del

remedio que su pariente indicaba. Así es que los tres se mostraron menos amables con el anciano, sin dejar de estar corteses. El afecto parecía haberse enfriado. El señor de Chargebœuf, que pareció comprenderlo, dirigió varias veces miradas de compasión á aquellos tres seres encantadores. Aunque la conversación se hizo general, recayó sobre la necesidad de someterse á las circunstancias, alabando al señor de Hauteserre por su persistencia en querer que sus hijos volviesen al servicio.

—Bonaparte, dijo el anciano Chargebœuf, hace duques. Ha creado feudos del Imperio y no tardará en hacer condes. Maligno quisiera ser conde de Gondreville. Esta es una idea que puede seros provechosa, añadió mirando á los señores de Simeuse.

—O funesta, dijo Lorenza.

Tan pronto como los caballos estuvieron enganchados, el marqués partió; siendo acompañado hasta el coche por todos los habitantes del castillo. Cuando estaba ya acomodado en el vehículo, hizo una seña á Lorenza para que se le aproximase y ésta se colocó sobre el estribo con una ligereza de pájaro.

—Usted es una mujer distinguida y debería comprenderme, le dijo al oído. Maligno tiene demasiados remordimientos para dejarles tranquilos y les tenderá algún lazo. Por lo menos, tened cuidado con lo que hacéis. En fin, mi consejo y mi última palabra es que transijáis.

Los dos hermanos permanecieron de pie al lado de su prima en medio del prado, contemplando inmóviles la berlina que tomaba el camino de Troyes. Lorenza les había repetido las últimas palabras de su pariente. La experiencia tendrá siempre la fatalidad de presentarse en berlina, con medias de seda adamascada y con los cabellos blancos. Aquellos jóvenes corazones no podían concebir el cambio que se operaba en Francia; la indignación les atacaba los nervios y el honor hervía en sus venas con su noble sangre.

—¡El jefe de los Chargebœuf! dijo el marqués de Simeuse. Un hombre que tiene por divisa: ¡VENGA OTRO MÁS

FUERTE! (*¡Adsit fortior!*) uno de los gritos de guerra más hermosos.

—Se ha convertido en Bœuf (1), dijo Lorenza sonriendo con amargura.

—Ya no estamos en los tiempos de san Luis, repuso el menor de los Simeuse.

—¡MORIR CANTANDO! exclamó la condesa. Este grito de aquellas cinco jóvenes que constituyeron nuestra casa, será el mío.

—El nuestro es: ¡AQUÍ MUERES! Así que ¡nada de cuartel! repuso el mayor de los Simeuse; pues, reflexionando, veríamos que nuestro pariente el Bœuf ha rumiado mucho lo que venía á decirnos. ¡Llegar Gondreville á ser el nombre de un Maligno!

—¡Y la morada! exclamó el menor.

—Mansart la pintó para la nobleza, y el pueblo irá allí á procrearse, dijo el mayor.

—Si eso llegase á ocurrir, preferiría ver á Gondreville incendiado, exclamó la señorita de Cinq-Cygne.

Un hombre de la aldea, que había ido á ver un ternero que le vendía el honrado Hauteserre, oyó esta frase al salir del establo.

—Entremos, dijo Lorenza sonriendo. Hemos estado á punto de cometer una imprudencia y de dar razón al Bœuf por causa de un ternero. ¡Pobre Michú! dijo cuando entraba en el salón; me había olvidado de tu travesura, pero no estamos en olor de santidad en el país y es preciso que no nos comprometamos. ¿Tienes que reprocharte de algún otro pecadillo?

—Me reprocho de no haber matado al asesino de mis viejos amos antes de correr en auxilio de éstos.

—¡Michú! exclamó el cura.

—Pero no dejaré el país hasta no saber si están ustedes en seguridad, dijo continuando y sin hacer caso de la exclamación del cura. Voy á vigilar á ciertos mozos que no me gustan nada. La última vez que cazamos en el bosque,

(1) Última parte del apellido, que significa buey. (Nota del traductor).

se encaró conmigo aquella especie de guarda que me reemplazó en Gondreville y me preguntó si estábamos allí en nuestra casa. «¡Oh! amigo mío, le dije, ¡es tan difícil acostumbrarse en dos meses á cosas que se han venido haciendo desde hace dos siglos!»

—Has hecho mal, Michú, dijo sonriéndose de placer el marqués de Simeuse.

—¿Y qué te respondió él? preguntó el señor de Hauteserre.

—Que daría cuenta al senador de nuestras pretensiones, respondió Michú.

—¡Conde de Gondreville! exclamó el mayor de los Hauteserre. ¡Ah! ¡qué mascarada! Y dicen Su Majestad á Bonaparte...

—Y Su Alteza á monseñor el gran duque de Berg, dijo el cura.

—¿Quién es ese? preguntó el marqués de Simeuse.

—Murat, el cuñado de Napoleón, dijo el anciano Hauteserre.

—Bueno, repuso la señorita de Cinq-Cygne. ¿Y le dicen Su Majestad á la viuda del marqués de Beauharnais?

—Sí, señorita, dijo el cura.

—Debíamos ir á París á ver todo eso, exclamó Lorenza.

—¡Ay de mí! señorita, dijo Michú; yo he ido á llevar á mi hijo al colegio y puedo asegurarle que no se puede jugar con lo que se llama la guardia imperial. Si todo el ejército fuese como ésta, creo que este estado de cosas duraría más que nosotros.

—Dícese que muchas familias nobles piden la entrada en el ejército, dijo el señor de Hauteserre.

—Y según las leyes actuales, vuestros hijos, repuso el cura, no tendrán más remedio que ir al servicio. La ley ya no reconoce rangos ni nobles.

—¡Ese hombre nos hace más daño con su corte que la Revolución con su hacha! exclamó Lorenza.

—La Iglesia ruega por él, dijo el cura.

Estos pensamientos, emitidos casi á la vez, eran otros tantos comentarios de las prudentes palabras del viejo mar-

qués de Chargebœuf; pero estos jóvenes tenían demasiada fe y demasiado honor para aceptar una transacción. Se decían también lo que se dicen en todas las épocas los partidos vencidos: que la prosperidad del partido vencedor acabaría, que el Emperador sólo estaba sostenido por el ejército, que el hecho perecería tarde ó temprano ante el derecho, etc. A pesar de estos consejos, cayeron en el lazo que les habían tendido, lazo que sin duda hubiera evitado la gente prudente y dócil como el cándido de Hauteserre. Si los hombres quisiesen ser francos, se vería que nunca la desgracia hiere á nadie sin hacer antes alguna advertencia patente ú oculta. Hay muchos que no han visto ni entendido el sentido profundo de este aviso misterioso ó visible, hasta después de su desastre.

—En todo caso, la señora condesa sabe que no puedo dejar el país sin haber rendido cuentas, dijo Michú en voz baja á la señorita de Cinq-Cygne.

Esta hizole, por toda respuesta, un signo de inteligencia al cortijero, y éste se fué. Michú, que vendió en seguida sus tierras á Beauvisage, el cortijero de Belache, no pudo percibir su importe hasta veinte días después. Un mes después de la visita del marqués, Lorenza, que había comunicado á sus dos primos la existencia de su oculta fortuna, les propuso ir el domingo de carnaval á retirar el millón enterrado en el bosque. La gran cantidad de nieve que había caído hasta entonces impidió á Michú el ir á buscar aquel tesoro, aunque prefería ir á hacer esta operación en compañía de sus amos. Michú estaba decidido á abandonar el país, pues se temía á sí mismo.

—Maligno acaba de llegar de pronto á Gondreville, sin que se sepa por qué, le dijo á su ama, y yo no podría resistir al deseo de hacer que se pusiese en venta Gondreville por defunción del propietario. Me creo culpable al no seguir mis inspiraciones.

—¿Por qué habrá dejado París en medio del invierno?

—Todo Arcís habla de ello, respondió Michú; ha dejado á su familia en París y sólo ha venido acompañado de su ayuda de cámara. Grevín, el notario de Arcís, la señora

Marión, mujer del recaudador general del Aube, y la mujer del Marión que prestó su nombre á Maligno, le hacen compañía.

Lorenza consideró el domingo de carnaval como un gran día, porque era fácil que hubiera poca gente en el campo, ya que las mascaradas llevan á los aldeanos á los pueblos. Pero la elección del día contribuyó precisamente á la fatalidad que se observa en muchos asuntos criminales. La casualidad hizo sus cálculos con tanta habilidad como la señorita de Cinq-Cygne hizo los suyos. La inquietud de los señores de Hauteserre debía ser tan grande al saber que iban á tener un millón cien mil francos en oro en un castillo situado en el extremo del bosque, que, cuando se les consultó, ellos mismos dijeron que no querían saber nada del día en que habían de traerse. El secreto de esta expedición quedó, pues, entre Gothard, Michú, los cuatro hidalgos y Lorenza. Después de muchos cálculos, se acordó y se creyó posible poner cuarenta y ocho mil francos en un saco á la grupa de cada caballo. Tres viajes bastarían. Por prudencia, se convino en enviar á los criados, cuya curiosidad podía ser peligrosa, á Troyes, para que viesen las fiestas del carnaval. Catalina, Marta y Durieu, de cuya fidelidad no había duda, quedarían guardando el castillo. Los criados aceptaron gustosos la libertad que se les daba y partieron antes de amanecer. Gothard, ayudado por Michú, preparó y ensilló los caballos al rayar el alba. La caravana tomó por los jardines de Cinq-Cygne y de allí se fueron al bosque amos y criados. En el momento en que montaron á caballo, pues la puerta del parque era tan baja que todos tuvieron que salir de él llevando á los caballos de la brida, el anciano Beauvisage, el cortijero de Belache, pasó por allí.

—¡Vamos, exclamó, Gothard, ya tenemos aquí á uno!

—¡Oh! soy yo, dijo el honrado cortijero. ¡Salud, señores! ¿van ustedes de caza á pesar de las órdenes de la prefectura? No sería yo el que lo hiciese, y tengan ustedes cuidado, porque si bien es verdad que tienen amigos, también tienen enemigos.

—¡Oh! dijo sonriéndose Hauteserre el mayor; quiera Dios

que nuestra caza salga bien, pues de ese modo volverás á tener los amos que tenías.

Estas palabras, á las que los sucesos dieron un sentido completamente distinto, valió á Roberto una severa mirada de Lorenza. El mayor de los Simeuse creía que Maligno restituiría la tierra de Gondreville mediante una indemnización. Estos muchachos querían hacer lo contrario de lo que les había aconsejado el marqués de Chargebœuf. Roberto, que participaba de sus esperanzas, pensaba en esto al decir estas fatales palabras.

—En todo caso, chitón, ¿me entiendes? dijo Michú á Beauvisage, que fué el último en salir á fin de coger la llave de la puerta.

Hacia uno de esos hermosos días de fines de marzo, en que el aire seco, la tierra limpia, el cielo despejado y la temperatura forman una especie de contrasentido con los árboles sin hojas. El tiempo estaba tan hermoso, que la mirada veía á intervalos verdes campos situados á grandes distancias.

—Prima, vamos á buscar un tesoro, cuando usted es el verdadero tesoro de nuestra casa, dijo riéndose el mayor de los Simeuse.

Lorenza iba delante en medio de sus primos. Los dos Hauteserre la seguían, seguidos á su vez de Michú. Gothard iba delante sirviendo de guía.

—Puesto que vuestra fortuna va á reaparecer, en parte al menos, cásese usted con mi hermano, le dijo el menor en voz baja. La adora á usted y serán ustedes tan ricos como deben ser los nobles de hoy.

—No, déjele usted toda su fortuna, y yo, que soy rica por dos, me casaré con usted, le respondió.

—Que sea así, exclamó el marqués de Simeuse. Yo os dejaré para ir á buscar una mujer digna de ser vuestra hermana.

—¿De modo que me ama usted menos de lo que yo creía? dijo Lorenza mirándole con una expresión de celos.

—No; yo os quiero más á los dos de lo que vosotros me queréis á mí, respondió el marqués.

—¿De modo que se sacrifica usted? preguntó Lorenza al

mayor de los Simeuse dirigiéndole una mirada llena de momentánea preferencia.

El marqués guardó silencio.

—Pues bien, yo no pensaría más que en usted, y eso sería insoportable para mi marido, repuso Lorenza á quien este silencio arrancó un movimiento de impaciencia.

—¿Cómo podría yo vivir sin ti? exclamó el menor mirando á su hermano.

—Pero ¡caramba! comprenda usted que no puede casarse con los dos, dijo el marqués. Ya es tiempo de tomar una decisión, añadió con el tono brusco de un hombre atacado en el corazón.

Y empujó su caballo hacia adelante para que los dos Hauteserre no oyesen nada. El caballo de Lorenza y el de su hermano imitaron este movimiento. Cuando estuvieron á una distancia conveniente de los otros tres, Lorenza quiso hablar, pero las lágrimas se lo impidieron.

—Me iré á un convento, dijo por fin.

—¿Y dejaría usted que se extinguiesen los Cinq-Cygne? dijo el menor de los Simeuse. De ese modo, en lugar de un solo desgraciado que se resignaría á serlo, haría usted dos. No, aquel de nosotros á quien le toque ser vuestro hermano, se consolará. Al saber que no éramos tan pobres como pensábamos, hemos tenido una explicación, dijo mirando al marqués. Si soy yo el preferido, toda nuestra fortuna será para mi hermano. Si soy yo el desgraciado, él me la da, junto con los títulos de Simeuse, toda vez que él pasará á ser Cinq-Cygne. De todos modos, el que no sea feliz, tendrá al menos fortuna, y, después de todo, si se siente morir de pesar, irá á hacerse matar en la guerra, para no entristecer el hogar.

—Somos verdaderos caballeros de la edad media y dignos de nuestros padres, exclamó el primogénito. Hable usted, Lorenza.

—No queremos permanecer por más tiempo de este modo, dijo el menor.

—Lorenza, no creas que el cariño se va á contentar con miradas, dijo el primogénito.

— Queridos míos, me es imposible decidirme, dijo Lorenza. Os amo á los dos como si fueseis un solo ser y como os amaba vuestra madre. Dios nos ayudará. Yo no quiero elegir. Dejemos obrar á la casualidad, imponiendo yo una sola condición.

—¿Cuál?

—Que aquel á quien le toque quedar siendo hermano, permanecerá á mi lado hasta que yo le permita abandonar. Quiero ser juez único de la oportunidad de la marcha.

—Bueno, dijeron los dos hermanos sin comprender el pensamiento de su prima.

—Aquel á quien la señora de Hauteserre dirija esta noche la palabra en la mesa, después del *Benedicite*, será mi marido. Pero ninguno debe de hacer por ponerse en el caso de que le interroguen.

—Obraremos lealmente, dijo el menor.

Los dos hermanos estrecharon la mano á Lorenza. La seguridad de un desenlace que ambos podían creer que había de serles favorable, puso á los dos gemelos contentos.

—De todas maneras, querida Lorenza, lo cierto es que uno de los dos tiene que ser conde de Cinq-Cygne, dijo el primogénito.

—Y jugamos á quien no será Simeuse, dijo el menor.

—De esta hecha, creo yo que la señora no será mucho tiempo soltera, dijo Michú detrás de los de Hauteserre. Mis amos están muy contentos, y si mi señora se decide á elegir, no quiero irme hasta después de haber asistido á sus bodas.

Ninguno de los dos Hauteserre respondió. Una urraca se levantó de pronto y con rápido vuelo entre los Hauteserre y Michú, que, supersticioso como todos los aldeanos, creyó aquel detalle de mal agüero. La jornada empezó, pues, alegremente para los amantes, que rara vez ven urracas cuando están juntos en el bosque. Michú, provisto de su plano, reconoció los lugares, y como cada hombre iba provisto de una azada, las sumas no tardaron en ser encontradas. La parte del bosque en que habían estado escondidas, estaba

desierta, lejos de todo paso y de toda habitación; de modo que la caravana no encontró á nadie. Esto fué una desgracia. Al volver de Cinq-Cygne para buscar los últimos doscientos mil francos, la caravana, envalentonada con el éxito, tomó un camino más directo del que había empleado en los viajes precedentes. Este camino pasaba por un punto culminante desde donde se veía el parque de Gondreville.

—¡Fuego! dijo Lorenza viendo una columna de fuego azulado.

—Será alguna hoguera, respondió Michú.

Lorenza, que conocía los menores senderos del bosque, se separó de la caravana y picó espuelas hacia el pabellón de Cinq-Cygne, antigua habitación de Michú. Aunque el pabellón estaba desierto y cerrado, la reja estaba abierta, y las huellas del paso de varios caballos llamaron la atención de Lorenza. La columna de fuego se levantaba en una pradera del parque inglés, donde presumió ella que quemaban hierbas.

—¡Ah! ¿también está usted aquí, señorita? exclamó Violette saliendo del parque al galope, montado en su jaca y deteniéndose delante de Lorenza. Pero será una broma de carnaval, ¿verdad? No le matarán.

—¿A quién?

—Vuestros primos no quieren su muerte, ¿verdad?

—¿La muerte de quién?

—Del senador.

—¿Estás loco, Violette!

—¿Pues qué hace usted aquí entonces? le preguntó éste.

Ante la idea de que sus primos corrían un peligro, la intrépida amazona picó espuelas y llegó al terreno en el momento que se cargaban los sacos.

—¡Alerta! no sé lo que pasa, pero volvamos á escape á Cinq-Cygne.

Mientras que los hidalgos se dedicaban á transportar la fortuna salvada por el anciano marqués, en el castillo de Gondreville ocurría una escena extraña.

A las dos de la tarde, el senador y su amigo Grevin jugaban una partida de ajedrez delante del fuego en el gran salón

del piso bajo. La señora Grevín y la señora Marión hablaban en el rincón de la chimenea, sentadas en un canapé. Todos los criados del castillo habían ido á ver una curiosa mascarada anunciada en toda la comarca hacía ya tiempo. La familia del guarda que reemplazaba á Michú en el pabellón de Cinq-Cygne había ido también. El ayuda de cámara del senador y Violette se encontraban entonces solos en el palacio. El conserje, dos jardineros y sus mujeres permanecían en sus puestos; pero el pabellón está situado á la entrada de los patios, al extremo de la avenida de Arcís, y la distancia que existe entre este lugar y el palacio no permite oír el ruido de un tiro de escopeta. Por otra parte, esta gente estaba sentada al umbral de sus puertas y miraba en dirección á Arcís, que está á una media legua, esperando ver la mascarada. Violette esperaba en una vasta antesala el momento de ser recibido por el senador y Grevín para tratar del asunto de la prórroga del arriendo. En este momento, cinco hombres enmascarados y enguantados, que por su estatura parecían los señores de Simeuse, de Haute-serre y Michú, se precipitaron sobre el ayuda de cámara y sobre Violette, les pusieron un pañuelo en la boca en forma de mordaza y los ataron á unas sillas de la repostería. A pesar de la celeridad de los agresores, la operación no se verificó sin que el ayuda de cámara y Violette hubiesen lanzado un grito. Este grito fué oído en el salón, y las dos mujeres creyeron que era un grito de alarma.

—¿Oye usted? dijo la señora Grevín. Me parece que hay ladrones.

—¡Bah! es un grito de carnaval, dijo Grevín. Me parece que vamos á tener máscaras en el palacio.

Esta discusión dió tiempo á los cinco enmascarados para cerrar las puertas del patio y las de la repostería, donde estaban atados el ayuda de cámara y Violette. La señora Grevín, mujer bastante testaruda, quiso decididamente saber la causa del ruido; se levantó y fué á tropezar con las cinco máscaras, que la trataron del mismo modo que á Violette y al ayuda de cámara; después entraron con violencia en el salón, donde los dos más fuertes se apoderaron del conde de

Gondreville, lo amordazaron y se lo llevaron por el parque, mientras que los otros tres amordazaban también á la señora Marión y al notario y los ataban á un sofá. Este atentado no duró más de media hora. Los tres desconocidos, que no tardaron mucho en unirse con los que se habían llevado al senador, registraron de arriba abajo el pabellón. Abrieron todos los armarios, sondaron las paredes y fueron allí los amos hasta las cinco de la tarde. En este momento, el ayuda de cámara acabó de romper con los dientes las cuerdas que ataban las manos de Violette. Éste, desembarazado de su mordaza, empezó á pedir auxilio á grandes gritos. Al oír estos gritos, los cinco enmascarados se fueron á los jardines, montaron unos caballos semejantes á los de Cinq-Cygne y se escaparon, aunque no con bastante rapidez para impedir que Violette los viese. Después de haber desatado al ayuda de cámara, el cual desató á su vez á las mujeres y al notario, Violette montó en su jaca y corrió detrás de los malhechores. Al llegar al pabellón, quedó sorprendido al ver abiertas las dos hojas de la reja y á la señorita de Cinq-Cygne de centinela.

Cuando la joven condesa desapareció, Violette fué alcanzado por Grevín que venía á caballo acompañado del guarda campestre del ayuntamiento de Gondreville, á quien el conserje había dado un caballo de las cuadras del palacio. La mujer del conserje había ido á avisar á los gendarmes de Arcís. Violette comunicó en seguida á Grevín su encuentro con Lorenza y la huida de esta audaz muchacha, cuyo carácter varonil y decidido conocían.

—Estaba acechando, dijo Violette.

—¿Es posible que hayan sido los de Cinq-Cygne los que hayan hecho esto? exclamó Grevín.

—¡Cómo! respondió Violette, ¿no ha conocido usted á Michú? él es el que se arrojó sobre mí, y lo he conocido por sus puños. Además, los caballos eran indudablemente los de Cinq-Cygne.

Al ver las marcas que las herraduras de los caballos habían dejado en la arena del parque, el notario dejó al guarda campestre vigilando para que nadie borrara aquellas precio-